

José Luis Neila y Juan Carlos Merino

Los Estados Unidos. La República con vocación de Imperio

Mandala Ediciones, Madrid, 2016, 279 páginas

Es imposible no sentir atracción por la historia de una nación que, en apenas dos centurias y media, fue capaz de dejar atrás su pasado colonial hasta convertirse en un protagonista indisputado de los acontecimientos que han marcado la época contemporánea. Un protagonismo que supera con creces los límites de la influencia política o tiene solo reflejo en el predominio económico para acabar, prácticamente, afectando a todas las dimensiones de la vida social. De ahí que, para comprender esos fenómenos de seducción o rechazo que generan las prácticas políticas y socio-culturales comúnmente asociadas a los Estados Unidos, haya sido preciso acuñar nuevas categorías de análisis como pueden ser las de americanización, antiamericanismo, etc. Unas categorías que, con los cambios léxicos pertinentes, apenas ocasionalmente vemos en uso para otras coordenadas geográficas o realidades nacionales. Por tanto, cuando nos referimos a los Estados Unidos de América rara vez lo hacemos de forma unívoca y para hacer exclusivamente alusión al país. En general, el contenido del término traspasa los clásicos niveles de análisis –local, regional, nacional e internacional– y acaba elevándose hacia la globalidad, entendida esta como metáfora de la inexistencia de fronteras que puedan contener la difusión de determinadas ideas o preocupaciones. Es precisamente acerca de esta particularidad sobre la que los autores de la obra aquí reseñada construyen su análisis, buscando encontrar una explicación a la misma mediante el diálogo diacrónico con la historia estadounidense.

El pasado año hubiera cumplido un siglo de vida el historiador Manuel Tuñón de Lara, fallecido en 1997, pero cuyo legado aún sigue presente. Traigo a colación su nombre porque fue uno de los máximos defensores de la necesidad de que el investigador encontrara tiempo para compaginar su labor con la divulgación. Es un error desconectar ambas dimensiones de la vida académica. Esencialmente,

porque tal defeción implica que ese espacio acabará siendo ocupado por personas que, al dejar de lado las más mínimas prevenciones del método histórico, acaban precipitándose de forma peligrosa hacia la propaganda. Sin embargo, en un sistema de méritos como el que hoy rige en la Universidad española –que desincentiva la publicación en editoriales emergentes y penaliza los resultados en forma de libros, haciendo del artículo en revistas especializadas de alto impacto el más preciado objeto de deseo–, es aún más reseñable la iniciativa de José Luis Neila y Juan Carlos Merino. El primero es ya un investigador plenamente consolidado que ejerce su docencia en la Universidad Autónoma de Madrid. El segundo es una joven promesa que pronto defenderá su tesis doctoral centrada en las relaciones diplomáticas hispano-norteamericanas durante la guerra civil española. Una mezcla perfecta de juventud y veteranía que permite alcanzar con éxito la difícil empresa de hacer accesible a todos los públicos la historia de los Estados Unidos.

Cabe mencionar que si ambos autores logran condensar, en menos de trescientas páginas, un panorama tan completo de hechos e ideas es porque parten de una tradición ya muy desarrollada. Así, reconocen sus deudas hacia los trabajos de Maldwyn A. Jones, Howard Zinn, Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commager, William E. Leuchtenburg y, sobre todo, Philip Jenkins. Una selección sin tacha a la que podrían haber añadido el nombre de Robert V. Remini, historiador especializado en el periodo de Andrew Jackson, o incluso la obra *coral A People and a Nation. A History of the United States*, la cual, en cada nueva reedición, supera con creces su primigenio cometido como libro de texto.

Dicho esto, no es posible dejar de lado un hecho diferencial suficientemente importante como para ser obviado. Es este un libro realizado desde España donde, pese a no abundar este tipo de iniciativas, ya se disponía de algún ejemplo verdaderamente encomiable. Junto a los clásicos trabajos de Mario Hernández Sánchez Barba o Juan José Hernández Alonso, Neila y Merino destacan dos nombres cuando se refieren a la producción historiográfica española: los de Aurora Bosch y Carmen de la Guardia. La primera presentó hace más de una década una síntesis de la historia de Estados Unidos que abarca cronológicamente desde 1776 hasta 1945, primando en su análisis el enfoque de corte político. Por su parte, Carmen de la Guardia –vinculada a la Universidad Autónoma de Madrid, como los autores aquí reseñados–, publicó su *Historia de los Estados Unidos* en la editorial Sílex, habiendo alcanzando ya la tercera edición. Esta última referencia tiene mucho más en común con la obra que nos ocupa que cualquier otra, pues el leitmotiv que las une es el propósito de hacer divulgación de calidad. Así, Carmen de la Guardia aporta una visión de conjunto que recoge

los principales debates historiográficos en torno al proceso de construcción nacional estadounidense, pero sin olvidarse del nivel factual ni del desarrollo cultural y económico de la sociedad norteamericana, desde sus orígenes como tierras disputadas por los colonizadores europeos hasta los tiempos más recientes.

Pese a los préstamos, sobradamente reconocidos por los responsables de este libro a lo largo de los diferentes capítulos, *Los Estados Unidos. La República con vocación de Imperio*, no resulta redundante. La pátina de originalidad, que sirve para reivindicar su oportunidad y razón de ser dentro del panorama ya descrito, viene otorgada por la estructura diseñada por los autores para sintetizar todos los contenidos que desean transmitir al lector. El propio perfil investigador de ambos autores les llevó a dividir el texto en dos niveles que corren paralelos, pero que contribuyen a una mejor comprensión de la compleja trayectoria histórica estadounidense. De este modo, Merino es el encargado de atender a la dimensión doméstica mientras que Neila se centra en lo relativo a la acción exterior de los Estados Unidos. Una decisión no carente de riesgo pues este tipo de ejercicios a cuatro manos se saldan, en ocasiones, con serios desajustes a la hora de mantener la coherencia discursiva. En este caso, el resultado es ciertamente convincente y no queda empañado por algún desliz puntual como puede ser la escasa atención que, en sendas ocasiones, se brinda a los fundamentos de la política internacional de la Administración liderada por Jimmy Carter y la derivada doméstica de la crisis de los rehenes en Irán. Un peaje, pues, asumible en aras de obtener una mayor profundidad en el enfoque. Pasemos a realizar un breve recorrido por el contenido del trabajo.

La obra se abre con un capítulo de corte introductorio en el que José Luis Neila reflexiona sobre el armazón ideológico del que se han valido los Estados Unidos para aglutinar a sus habitantes y justificar sus políticas. Utilizando ejemplos de los tiempos más pretéritos sumados a valoraciones que remiten a la actualidad, en un interesante juego de contraste que huye de exposiciones cronológicas convencionales, se transitan por ideas tan sugerentes, pero a la par tan proteicas, como las de “Destino Manifiesto” o progreso. Una abstracción necesaria para dilucidar hasta qué punto la supuesta singularidad estadounidense tiene mucho de constructo y como, bajo sus límites, deja entrever unas dinámicas semejantes a las de otras coordenadas geográficas pero aceleradas, en este caso particular, por la juventud del sujeto/nación. Un dinamismo que se traslada al discurso y que genera una constante necesidad de resemantizar el concepto de frontera, para hacer pasar por elementos químicamente puros e inmanentes una lógica que es, de por sí, híbrida y decididamente contingente. Todo ello genera una sensación de continuidad que no es tal y que tiene también su reflejo en la acción exterior,

toda vez que se produce lo que Neila, en algunos pasajes, menciona como la extraversión del modelo norteamericano. Así, el pretendido aislamiento estadounidense contrasta con la imposibilidad de permanecer ajeno a los cambios globales que acontecen desde el siglo XIX. Por último, tras enunciar los principales elementos que han acompañado al debate sobre la naturaleza proactiva o reactiva de los Estados Unidos en la esfera internacional, se dedica un sucinto apartado a un tema fundamental para comprender la dimensión imperial de esta joven nación: la(s) imagen(es) que ha sido capaz de proyectar a escala mundial.

Tras este necesario y denso preámbulo, es Juan Carlos Merino quien toma el pulso a los dos siguientes capítulos, en los que se glosa el proceso de conversión de unas pujantes colonias en una nación cohesionada en torno a su creencia de encarnar unos valores superiores que dimanaban de una concepción providencialista de la historia. La necesidad de entroncar con un pasado que, en pureza, no les pertenece –y que tiene su mejor expresión en la adopción del estilo neoclásico para las edificaciones civiles– impulsa a la ilustración americana a ir más allá que sus homólogos europeos y plasmar, en hechos concretos, un nuevo orden no solo político sino también moral. El tono descriptivo de los sucesos revolucionarios no está reñido con la inclusión de acertados juicios valorativos que, con frecuencia, suelen olvidarse. Así, una buena muestra es la conveniencia de entender la independencia norteamericana como un conflicto que fue, a su vez, una guerra civil dentro de las colonias, o señalar que fue la búsqueda de marcar diferencias con la tradición monárquica británica y sus excesos autoritarios lo que propició que el legislativo adquiriera una especial importancia frente al ejecutivo, dentro del marco emanado de la división de poderes.

Esta primera contribución de Merino avanza el relato hasta las postrimerías de la guerra de secesión, la cual es tratada con gran brevedad frente al espacio que se dedica a desarrollar la conformación de los distintos partidos políticos o el continuo avance de la frontera. Es en este punto donde José Luis Neila toma nuevamente el relevo para mantener la alternancia de capítulos a la que ya se ha hecho alusión. Tras hacer recuento de los efectos que la revolución americana había tenido para Europa, en particular, y el mundo Atlántico, en general, pronto pasan a cobrar protagonismo las consabidas tradiciones que definieron la doctrina internacional estadounidense, a saber: la hamiltoniana (protección del comercio), la jeffersoniana (mantenimiento del sistema democrático), la jacksoniana (valores populistas y poderío militar) y, ya en el siglo XX, la wilsoniana (predominio del principio moral). Mientras por los capítulos dedicados a la esfera doméstica

desfilan los problemas raciales que quedan pendientes tras el fin de la guerra de secesión y los cambios económicos de la segunda mitad del siglo XIX son examinados con fruición, en el ámbito exterior se consigna el despliegue de la gran potencia y las inconsistencias subyacentes a presentar una política con tintes imperiales como anti-imperialista.

El ecuador de la obra se fija en el momento en el que las tesis de Wilson son puestas en duda y gran parte de la sociedad norteamericana prefiere retornar a la supuesta normalidad que les ofrecía el republicano Warren G. Harding. Dado que en el análisis de los felices años veinte se hace alusión a la *Emergency Quota Act* de 1921 vale la pena sugerir la necesidad de haber prestado más atención a todo lo relacionado con la emigración, un elemento consustancial al desarrollo estadounidense pero que aparece dibujado en ocasiones de una forma excesivamente difusa en esta obra. Algo similar sucede con el panamericanismo que impulsa la Administración Roosevelt como una reactualización de la doctrina Monroe pero, esta vez, bajo la etiqueta de la buena vecindad. Un cierto grado de superficialidad perfectamente comprensible ante los múltiples frentes a los que atender cuando se hace preciso desgranar los 14 puntos de Wilson –el primer presidente que pisará suelo europeo, como se encarga de remarcar José Luis Neila– y, sin solución de continuidad, describir el deterioro del contexto internacional durante la década de los treinta y la conversión de los Estados Unidos en el “arsenal de la Democracia”.

Cuatro son los capítulos consagrados al periodo que abarca desde el inicio de la Guerra Fría hasta la actualidad. El aceleramiento del tiempo histórico hace que el libro se contagie, en este punto, de ese nuevo ritmo más apresurado. Esto implica que la presentación de la sociedad de consumo, elemento vertebrador del denominado siglo americano, se limite a unos pocos pasajes pues es preciso que, a las apenas ochenta páginas disponibles, se asomen la caza de brujas del senador McCarthy, la nueva frontera de Kennedy, Vietnam o la lucha por los Derechos Civiles como hechos definitorios de los años cincuenta y, sobre todo, sesenta. El enrevesado laberinto de mentiras y conspiraciones que rodeó al *Watergate* sale un tanto malparado de esta perentoria obligación de avanzar en el tiempo, habiendo resultado más útil reflexionar sobre su impacto en la política doméstica de ese “gigante inquieto”, que diría Patterson, que tratar de adentrarse en sus pormenores. Más inteligible resulta la exposición de las diversas fases o doctrinas que se fueron solapando en el enfrentamiento bipolar. Es este un apartado modélico por la densidad de la información en él contenida y que es hilvanado, primero, desde un plano estrictamente diplomático-militar, posteriormente, desde una óptica geoeconómica y, como cierre, con un estudio de corte

geocultural, al introducir los debates en torno al concepto de modernización. Únicamente cabe mencionar dos cuestiones que pueden ser enmendadas. La primera es que la doctrina de la respuesta flexible es, efectivamente, adoptada en 1967 por la OTAN como estrategia primordial. Pero hay que aclarar que la misma surge en el seno de la propia Administración Kennedy, unos años antes. Un matiz accesorio pero oportuno, al igual que lo es señalar que, si bien Benjamin Barber fue quien desarrolló la idea del MacMundo, resulta más gráfico el marbete Macdonalización introducido por el sociólogo George Ritzer.

El final de la confrontación entre los dos mesianismos del siglo XX, el estadounidense y el soviético, dio paso a una posguerra fría caracterizada en el texto por el repaso a la Administraciones de los dos Bush, la de Clinton y la recientemente finalizada de Barack Obama. Sorprende que entre las razones esgrimidas para explicar el triunfo electoral de Clinton en 1992 frente a George H. W. Bush, quien acudía a las urnas dotado de un halo de respetabilidad por su exitosa política exterior, no se mencione aquella célebre expresión acuñada por James Carville: “es la economía, estúpido”. Y, efectivamente, ha sido la economía la que mayores problemas parece haber planteado a la agenda estadounidense de los últimos veinte años, en un debate trufado de tópicos e interpretaciones torticeras de la realidad que propició el triunfo del pensamiento único neoliberal y la consiguiente salvaje desregulación, tal y como queda reflejado en el libro. Así podría haberse quedado el saldo general de no haber sido porque, en íntima vinculación con este tipo de discursos, se desarrolló una política exterior intervencionista que transitó desde el multilateralismo afirmativo clintoniano a la lucha global contra el terrorismo apadrinada por Bush hijo. Un enmarañado panorama que queda perfectamente sintetizado en el penúltimo capítulo y donde se reflexiona sobre los límites y condicionantes de la hegemonía norteamericana en un mundo globalizado y en permanente cambio.

La obra concluye con un ensayo bibliográfico que sirve para cerrar el círculo. Tanto es así que el título de uno de los subepígrafes coincide exactamente con uno de los recogidos en el capítulo inicial. Como es lógico, se echan de menos algunas obras, algo que no pone en cuestión la selección propuesta por los autores, la cual denota un amplio conocimiento historiográfico sobre la materia. Especialmente útil hubiera sido la introducción de *Colossus* pues, más allá de su tono polémico, la mención al atrabiliario Niall Ferguson siempre supone la oportunidad de repensar la propia idea de Imperio que se asocia a los Estados Unidos. Más importante hubiera sido que las referencias bibliográficas finales aparecieran presentadas de forma homogénea, circunstancia esta totalmente ajena a los autores y que debe achacarse únicamente a una edición bastante

mejorable por parte de la editorial. Un libro de estas características y calidad habría merecido una mayor atención ortotipográfica, lo que no deja de ser otra señal más de identidad de estos tiempos que corren en el mundo Macdonalizado. En todo caso, llegado a esta altura, el lector habrá sin duda adquirido una mejor comprensión de la enorme complejidad que esconde la historia de los Estados Unidos. Un ejercicio cada vez más necesario cuando sobre este país siguen pesando mucho más los tópicos que las realidades, tal y como se pudo comprobar en los análisis de los pasados comicios que dieron como triunfador a Donald Trump. Curiosamente, es una simplificación que también opera dentro de su propio territorio y que revela la necesidad de seguir apostando por la difusión de obras divulgativas que sean la antesala de investigaciones más depuradas.

Misael Arturo López Zapico

Universidad Autónoma de Madrid